

Desvalido, sin esperanza, incapaz de hacer nada para salvarse, ¡qué consuelo fue saber que el Señor lo había hecho todo por él!

Si se piensa que esto estuvo bien para este desvalido anciano, ya que no podía hacer nada para salvarse, pero que aquellos que son fuertes y capaces deben *hacer algo* para salvarse, no es así. La fortaleza física no puede hacer nada para salvar el alma. Tanto el más fuerte como el más débil deben acudir al Señor Jesucristo como lo hizo este anciano.

No está escrito que “a todos los que hagan algo”, sino **“a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”** (Juan 1: 12).

Toda Correspondencia debe dirigirse a la redacción: Mensajes del Amor de Dios, 35612-11th Avenue S.W., Federal Way, WA 98023 EUA. Se manda un Evangelio del Apóstol Juan al que lo solicite, con límite de un solo ejemplar a cada solicitante. Favor de escribir su nombre y domicilio con letra de molde.

Esta publicación se manda gratis al que la solicite.

Desvalido, sin esperanza, incapaz de hacer nada para salvarse, ¡qué consuelo fue saber que el Señor lo había hecho todo por él!

Si se piensa que esto estuvo bien para este desvalido anciano, ya que no podía hacer nada para salvarse, pero que aquellos que son fuertes y capaces deben *hacer algo* para salvarse, no es así. La fortaleza física no puede hacer nada para salvar el alma. Tanto el más fuerte como el más débil deben acudir al Señor Jesucristo como lo hizo este anciano.

No está escrito que “a todos los que hagan algo”, sino **“a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”** (Juan 1: 12).

Toda Correspondencia debe dirigirse a la redacción: Mensajes del Amor de Dios, 35612-11th Avenue S.W., Federal Way, WA 98023 EUA. Se manda un Evangelio del Apóstol Juan al que lo solicite, con límite de un solo ejemplar a cada solicitante. Favor de escribir su nombre y domicilio con letra de molde.

Esta publicación se manda gratis al que la solicite.



La Conversión de un Ciego

Vemos cómo salta alegremente el agua de esta cascada una vez que ha hecho girar la



La Conversión de un Ciego

Vemos cómo salta alegremente el agua de esta cascada una vez que ha hecho girar la

enorme rueda de una turbina para generar energía. El espectáculo que ofrece a la vista es hermoso, ya que al discurrir el agua, sea saltando o deslizándose corriente abajo, produce esa sensación de paz y bienestar, placer que no es dado experimentar a quienes carecen del sentido de la vista.

Hoy vamos a relatar la conversión de un anciano ciego estando en su mismo lecho de muerte. El anciano estaba acogido en un asilo, sabiendo que su vida se le estaba escapando. El gran tormento de la vieja cuestión acosaba su mente: ¿Qué podría hacer para salvarse? ¡Pobre hombre! ¿Qué podía él hacer para salvarse, siendo sólo capaz de yacer en su cama, sin poderse mover a causa de su invalidez?

Una nieta suya solía visitarle y leía para él. Aquel día, la muchacha tomó consigo su Biblia para leerle al abuelo algo de ella. Leyó en el primer capítulo de la epístola de Juan, en el versículo 7, **“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”**.

Al oír esto, el anciano se incorporó y deteniendo a la muchacha, le preguntó ávidamente:

—¿De verdad dice esto, querida?

—Sí, abuelo, esto dice.

2

enorme rueda de una turbina para generar energía. El espectáculo que ofrece a la vista es hermoso, ya que al discurrir el agua, sea saltando o deslizándose corriente abajo, produce esa sensación de paz y bienestar, placer que no es dado experimentar a quienes carecen del sentido de la vista.

Hoy vamos a relatar la conversión de un anciano ciego estando en su mismo lecho de muerte. El anciano estaba acogido en un asilo, sabiendo que su vida se le estaba escapando. El gran tormento de la vieja cuestión acosaba su mente: ¿Qué podría hacer para salvarse? ¡Pobre hombre! ¿Qué podía él hacer para salvarse, siendo sólo capaz de yacer en su cama, sin poderse mover a causa de su invalidez?

Una nieta suya solía visitarle y leía para él. Aquel día, la muchacha tomó consigo su Biblia para leerle al abuelo algo de ella. Leyó en el primer capítulo de la epístola de Juan, en el versículo 7, **“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”**.

Al oír esto, el anciano se incorporó y deteniendo a la muchacha, le preguntó ávidamente:

—¿De verdad dice esto, querida?

—Sí, abuelo, esto dice.

2

—Por favor, léemelo de nuevo; nunca había antes oído tal cosa.

La muchacha leyó de nuevo: **“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”**. —Ay, mi estimada niña, no te enfades, pero ¿estás segura que lo dice así? ¿No te equivocarás, verdad?

—No me equivoco, abuelo, ¡seguro que lo dice! —repitió la jovencita.

—Entonces toma mi mano y pon mi índice sobre estas líneas; será como si lo pudiera ver.

La chica tomó la mano del anciano, puso su dedo sobre el lugar, mientras le leía de nuevo: **“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”**.

—¿Estás bien segura que lo dice así? —replicó el anciano—. Entonces si alguno te pregunta cómo ha muerto tu abuelo, cuéntales que en la fe de estas palabras: **“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”**.

Entonces, dicho esto, lleno de paz y de esperanza, el anciano se reclinó en su almohada, y con su dedo señalando aún ese maravilloso versículo que acababa de aprender, pasó tranquilamente a la presencia de Aquel cuya sangre nos limpia de todo pecado.

3

—Por favor, léemelo de nuevo; nunca había antes oído tal cosa.

La muchacha leyó de nuevo: **“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”**. —Ay, mi estimada niña, no te enfades, pero ¿estás segura que lo dice así? ¿No te equivocarás, verdad?

—No me equivoco, abuelo, ¡seguro que lo dice! —repitió la jovencita.

—Entonces toma mi mano y pon mi índice sobre estas líneas; será como si lo pudiera ver.

La chica tomó la mano del anciano, puso su dedo sobre el lugar, mientras le leía de nuevo: **“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”**.

—¿Estás bien segura que lo dice así? —replicó el anciano—. Entonces si alguno te pregunta cómo ha muerto tu abuelo, cuéntales que en la fe de estas palabras: **“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”**.

Entonces, dicho esto, lleno de paz y de esperanza, el anciano se reclinó en su almohada, y con su dedo señalando aún ese maravilloso versículo que acababa de aprender, pasó tranquilamente a la presencia de Aquel cuya sangre nos limpia de todo pecado.

3